

fría de una herida en una pierna, fué llevado á pié hasta Uruapam, lo mismo que sus compañeros, donde fueron fusilados él, el general Salazar y los coroneles Díaz Paracho, Villa Gómez y Pérez Milicua, fuera de otros oficiales que se rindieron y fueron acuchillados en la acción. ¡Todos murieron como héroes!

El jefe del Estado Mayor de Bazaine escribió sobre este suceso el siguiente repugnante billete á M. Loysel, jefe del gabinete militar del mismo mariscal:

«Mi querido Loysel: Adjuntas remito á usted dos cartas de Méndez. Todo va bien. He hecho publicar algo en los periódicos, *aunque omitiendo el detalle relativo al fusilamiento de nuestros camaradas Arteaga, Salazar y demás. No podía hacerse otra cosa por ahora: la verdad vendrá á brillar después.*—Esta es la mejor oportunidad para ascender á Méndez á general de Brigada.... (siguen algunas amargas burlas para Vander Smissen que había dejado muchos prisioneros belgas en poder de Riva Palacio, y firma.)—Napoleón Boyer.»

Este Napoleón Boyer era tan asqueroso como Bazaine y como todas las demás sabandijas que se encontraban al servicio de Napoleón III. Pero en este vértigo, en este furor de derramar la sangre mexicana, no fueron los principales culpables los invasores, sino los que los trajeron, para que hombres extraños vinieran á mandarlos, á ponerles el pié en el pescuezo á ellos y á derramar á torrentes la sangre de sus hermanos. . . . ¡Qué infame traición!



CAPITULO LVII.

El triunfo del Imperio.

MIENTRAS corrían arroyos de sangre mexicana, sin que escaseara mucho la sangre francesa, pues que no quedaron menos de diez mil cadáveres enterrados en el suelo de la República para obedecer el capricho de un déspota y de su corte corrompida, de cuyas hecatombes se ha hecho un ligero resúmen en el capítulo anterior, se menudearon los acontecimientos, de que también se va á hacer un breve relato en las siguientes líneas, á efecto de que no quede un vacío en la leyenda, cuya época está delineada con todos sus rasgos en la anterior á ésta, que tiene por título «Maximiliano.»

El príncipe austriaco que estaba tronado, con sus posesiones de Miramar hipotecadas, aceptó la corona del imperio de México y se puso á las órdenes de Napoleón, mediante la aquiescencia de las monarquías europeas y

de su larga parentela de Austria, Bélgica y Alemania.

Se le hizo creer, ó lo que es más probable, por que no era nada lerdo, fingió creer que un país que no lo conocía lo aclamaba por su soberano, cuando la comisión mexicana, compuesta de traidores, le presentó las actas que los franceses arrancaron á las poblaciones á fuerza de bayoneta, y se puso en camino con un séquito compuesto de criollos y de extranjeros de distintas nacionalidades para hacer la felicidad de una patria que no era la suya.

Se gastaron sumas enormes por los que lo habían exaltado al poder con el apoyo de un ejército extranjero, para que se le recibiera con estrépito, y desde Veracruz pasó en medio de fiestas pagadas con aquel dinero distraído de las arcas nacionales

Estableció su gobierno de burlas bajo la tutela de Bazaine, que era en realidad el verdadero emperador.

Ni siquiera tuvo el infeliz archiduque el apoyo del clero ni el muy decidido de los conservadores, como se lo esperaba, pues que tanto el primero como los segundos se disgustaron infinitamente luego que vieron que no se establecía el sistema netamente realista, como el de un Felipe II por ejemplo, sino que las leyes de Reforma eran sancionadas, reconocidas como buenas por el gobierno francés, lo cual les hacía decir que nada habían ganado con el cambio de tener ahora un mandarin rubio en lugar de un mandarina oscuro, puesto que ambos eran igualmente antireligiosos y por ende enemigos de la Iglesia, que en su lenguaje quería decir enemigos de la preponderancia clerical.

Así es que tanto los miembros principales del clero, como los prohombres del partido conservador, dieron al pobre Maximiliano muchos dolores de cabeza, al grado

de hacer que lo viera con ojeriza el mismo pontífice romano.

Pero lo peor era que la lucha continuaba incesante, desoladora, encarnizada, sangrienta, sin que en los años transcurridos se dieran tregua los combatientes.

Habían desaparecido todos los principales caudillos de la primera resistencia: Zaragoza á consecuencia de una fiebre, Comonfort y La Llave habían muerto asesinados, Doblado, González Ortega y otros muchos generales, unos voluntariamente y otros como prisioneros de guerra, se encontraban expatriados; algunos se habían sometido, y otros como Uraga, considerando la causa de la República perdida, se habían pasado al Imperio; pero quedaban aún firmes en la liza, sostenidos por una fe inquebrantable Porfirio Díaz, García y Figueroa en Oriente, Escobedo, Garza, Treviño y Naranjo en el Norte, Corona y otros distinguidos campeones en Occidente; en el Sur, en donde ya habían sucumbido Arteaga y Salazar, estaban Régules, Riva Palacio y Villada.

Cerca del gobierno de Juárez se encontraban Negrete, que fungía como ministro de la Guerra, Patoni, Terrazas y otros muchos valientes.

Además de estos jefes que eran los de más nombradía, por todas partes pululaban las guerrillas, las columnas sueltas más ó menos numerosas, que sin cesar eran atacadas y destruidas, por los franceses, y sin cesar volvían á renacer de sus propias cenizas, haciendo la guerra interminable, lo cual desesperaba en primer lugar á Napoleón, que hubiera querido acabar de un golpe con nuestra República, en segundo lugar á Bazaine, que era calificado de inepto por Maximiliano, y en tercer lugar, á éste mis-

mo y á su corte, que aspiraban á tener una vida quieta y una nación sumisa para gobernarla á su antojo.

Lo que más desesperaba á todos era que Juárez hubiera establecido tranquilamente su gobierno en Chihuahua, y que desde allí estuviera dando manifiestos, órdenes, circulares, nombramientos, y haciendo todo cuanto estaba en sus manos para mantener viva la insurrección.

A este propósito se encaminaban todas las quejas de Maximiliano contra Bazaine, que iban á dar á Paris, entre las que no dejaba de asomar la idea de atribuirle segundas miras, sin poder comprenderse por qué se entretenía en pequeñas campañas y no emprendía la decisiva, la capital, la que más importaba, que era la de ir á acabar de una vez con aquel gobierno que le hacía sombra y que era su eterna pesadilla.

Por fin llegó un día en que se armó de resolución, y encarándose al jefe francés le dijo:

—Mariscal: es preciso de todo punto que mande S. E. ocupar á Chihuahua.

—Sire, le contestó Bazaine, si pudiera ya lo habría hecho.

—¿Pero no tenemos entonces suficientes soldados para ir á destruir al principal núcleo de nuestros enemigos?

—No los tenemos. Contamos con sesenta mil hombres; pero necesitamos cien mil para establecer una línea militar desde aquí á Chihuahua, en que sólo de desiertos hay más de ochenta leguas.

—De manera que V. E. no considera como yo indispensable que para el establecimiento definitivo del imperio debe acabarse de una vez con Juárez.

—Lo considero tanto más indispensable, cuanto que mientras haya República no puede haber imperio.

—Pues entonces . . .

—Entonces creo que lo que debe hacer V. Majestad es organizar un ejército exclusivamente destinado á perseguir á Juárez hasta sus últimos atrincheramientos.

—¡Oh! si yo tuviera el mando de las armas. . . V. E. sabe muy bien que yo no tengo á mis órdenes un solo soldado.

—Tiene V. M. los austriacos y los belgas, y puede además mandar que se organice una sección mixta en que haya principalmente mexicanos, que saben hacer la guerra sin vitualla.

—Pero yo no tengo recursos. Quien debe soportar esa carga, es mi aliado, es el gobierno francés que me ha embarcado en esta aventura, es Napoleón que me ha ofrecido un país pacífico para venir á gobernarlo.

Bazaine se echó á reír y dijo á Maximiliano con sorna:

—Yo voy á prestar á V. M. un buen servicio muy particular, contra las instrucciones del ministro de la guerra francés, de quien dependo; él me ha ordenado que no exponga las tropas en expediciones lejanas y peligrosas: voy á mandar á un buen jefe, con una columna respetable, para que ocupe á Chihuahua.

—Está bien, Mariscal; pero Juárez se irá más lejos.

—Yo no puedo mandarlo seguir á donde quiera que se vaya. Eso es imposible.

—Si ese jefe francés que V. E. va á mandar con una respetable columna llevara instrucciones de destacar una sección cualquiera en pos del gobierno de Juárez, quizás se conseguiría que éste pasara la frontera. . . .

—Y entonces. . . .

—Entonces estaría salvado el imperio, porque ya la República no tendría bandera, y los insurrectos podrían ser calificados como bandas de malhechores y puestos fuera de la ley.

Bazaine se sonrió con fruición, y dijo con el semblante iluminado:

—Veo con placer que V. M. está dispuesto á adoptar el buen camino de la energía. Haré cuanto pueda para complacerle.

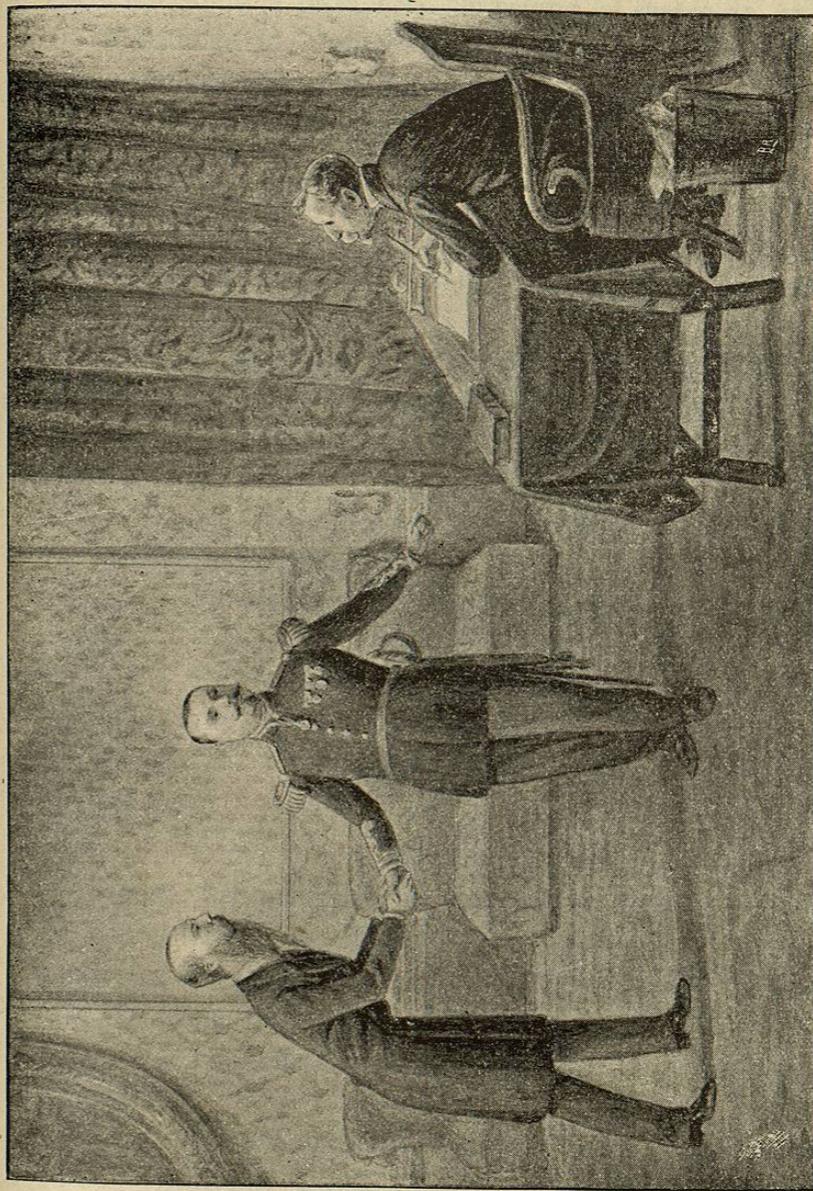
Y en seguida, en su presencia, ordenó al jefe del gabinete militar pusiera una orden telegráfica para que fuera ocupada Chihuahua por el general Brincourt, el cual había de llevar á sus órdenes tres batallones, dos escuadrones de cazadores de Africa y cuatro secciones de artillería con un total de dos mil quinientos hombres.

—Los cazadores de Africa serán quizás, añadió Bazaine sonriéndose, los que impidan que los americanos tengan un representante cerca del gobierno de Juárez. ¿Queda complacido V. M.?

Maximiliano sólo pudo contestar á Bazaine con un apretón de manos y se retiró enternecido.

Don Benito Juárez, con sus cuatro ministros y con sus treinta oficinistas que después recibieron el nombre de *inmaculados*, había establecido su gobierno en Chihuahua, en donde si no le sobraban los elementos, tenía lo suficiente para vivir con modestia republicana.

Aunque lejos de las operaciones militares que iban reduciéndose á menos Estados, á medida que los franceses ensanchaban su esfera de acción, allí acudían los comisionados de los generales y gobernadores, y de allí partían, si no los recursos, porque no los había, las autoriza-



Maximiliano sólo pudo contestar á Bazaine con un apretón de manos.